

niero, contestó Alberto con tristeza. Iré... á oír lo de siempre... : que vuelva dentro de un mes.

— Pero ¿quién vive en esa casa?

— No lo sé.

Julia repitió con satisfacción:

— No lo sabe.

Y Alberto no dijo nada más.

XIV

A las siete tiraba de la campanilla de la casa indicada en a carta de Ricardo. Abrió un criado, que le hizo atravesar dos ó tres habitaciones y en una de ellas le rogó que esperase unos momentos. Era una hermosa sala con una rica alfombra, alumbrada por una magnífica lámpara puesta en una mesa que había en el centro. Alberto se sentó y miró alrededor. Las paredes estaban adornadas de espejos y de cuadros; los veladores llenos de flores, de libros lujosamente encuadernados, de objetos de arte; á un lado, sobre una esbelta columnita, había una estatua de alabastro con un brazo extendido que parecía señalar al joven; en todas partes brillaba alguna cosa. Hacía mucho tiempo que no había visto una sala tan elegante y lujosa. Tocó el respaldo de un sillón que tenía al lado: era de terciopelo; miró á sus pies, había una piel de tigre. Se volvió; vió un gran fanal de cristal que cubría un reloj de bronce. Dondequiera que fijaba la vista veía objetos que costaban lo menos tres veces su sueldo de un mes. Estuvo gran rato observándolo todo con curiosidad infantil, las flores de los bordados, los marcos de los espejos, los candelabros, los almohadones, los arabescos. Luego sintió una tristeza indefinible. Aquel esplendor le ofendía como si fuera un escarnio á su miseria; aquella estatua que



«Sr. Alberto, tengo la prueba de su inocencia» (pág. 296)

le señalaba con el dedo le producía el efecto de una persona que le dijese: «Vete de aquí;» la idea de que á los pocos momentos se presentaría alguien, le turbaba; habría preferido aguardar aún; habría querido esconderse, salir de puntillas; casi se arrepentía de haber ido allí. «¿Qué hago yo aquí?», pensaba. ¿Qué espero? ¿Cómo puede cuidarse de mí la gente feliz que vive en esta casa?» Le pareció oír un roce de vestido, creyó que llegaba una señora; se levantó, y mirándose al espejo, notó que se había puesto colorado. Sentóse otra vez y aplicó el oído. Por último, sintió como una inquietud, una rabia de verse obligado á estar allí solo, en medio de aquella riqueza que le humillaba, en aquel estado de expectación dolorosa. Recordó las muchas veces que había esperado largas horas, de un mes á aquella parte, en otras casas, para que, al fin y á la postre, le respondieran: «No necesitamos á nadie.» Acudieron á su memoria las sonrisas compasivas de los criados y porteros cuando lo veían salir cabizbajo; los movimientos de impaciencia de aquellos á quienes se había dirigido en súplica de un empleo; todos los desengaños, todos los sacrificios de amor propio, todas las humillaciones sufridas en presencia de personas desconocidas: todos estos recuerdos y los de los días en que padeció hambre le oprimieron el corazón. Y se preguntó si aún tendría que pasar mucho tiempo tan triste vida, por qué la pasaba, qué delito había cometido y qué castigo pesaba sobre él. «Pero si yo lo que quiero es trabajar, ¿por qué me habré de morir de hambre?», exclamó en un arranque de despecho. ¿Habré de robar? ¿Me suicidaré?» Se levantó, experimentando una especie de furor que jamás había sentido; le daban ganas de destrozar todo cuanto estaba á su alcance. «Ya me canso de estar aquí, dijo con voz sofocada, fijando una torva mirada en la puerta. ¿Qué hacen esos señores? ¡Ea, venid,

gente sin entrañas! ¡Aquí hay un mendigo que os aguarda!»

Esperó un minuto más, y luego cogió el sombrero y se levantó para marcharse.

En aquel momento oyó en la habitación contigua una música suave que le pareció de un piano tocado por una mano ligerísima. Volvió á sentarse: la música se fué haciendo poco á poco más fuerte, luego más baja, y otra vez más fuerte; parecía el acento de una persona conmovida que dijese cosas tiernas y alegres á un amigo melancólico, y le hablase despacio ó de prisa para distraerle; parecía una mezcla de voces de mujeres y de niños que consolasen á un pobre; le recordaba la voz solícita de Julia cuando le decía: «No hables así, ánimate, ten esperanza todavía.»

Alberto apoyó la cabeza en una mano y pensó en Julia con un sentimiento de triste ternura.

De pronto se abrió una puerta y el joven se levantó.

Una niña rubia, blanca y sonrosada, vestida de blanco, con los cabellos sueltos, se acercó tímidamente á él, seguida de dos niños, uno de seis y otro de cuatro años, que se le plantaron delante mirándole con extrañeza.

La niña se detuvo á dos pasos de Alberto, abrió un pliego con mano trémula y dijo, ruborizándose y con voz conmovida:

— Tengo que leer á usted la carta.

— ¿Qué carta? — preguntó Alberto maravillado.

— La carta que ha escrito el papá hace un rato, y me la ha dado para que viniera á leérsela al señor que esperaba en la sala.

— ¿Y quién es su papá de usted?, preguntó el joven.

La niña pronunció el nombre de su padre.

Alberto retrocedió como si hubiera recibido un golpe en el pecho; se le subió la sangre á la cabeza; en un momento se

acordó de todo, de la acusación de ladrón, de la miseria, del hambre, de todas las angustias que sufría hacía tiempo por causa de aquel hombre, y se sintió sofocado de rabia y de odio.



Alberto se echó en sus brazos sollozando.

Al pronto estuvo tentado de coger aquella carta, estrujarla y pisotearla, y alargó la mano... Pero tropezó con la mirada tímida y graciosa de la niña y se contuvo; de encarnado se puso pálido, se pasó una mano por la frente que le ardía, se reportó, y dijo con voz alterada:

— Lea usted.

La niña leyó lo siguiente:

— «Señor Alberto: Tengo la prueba de su inocencia, y he sabido al mismo tiempo cuáles han sido las consecuencias de mi deplorable error, cuánto ha padecido usted por mi culpa y la nobleza de su corazón. Ahora tengo que cumplir un deber: rogar á usted que vuelva á mi bufete, al menos una vez, para que yo pueda declarar públicamente, en su presencia y en la de todos mis dependientes, que estoy avergonzado y desconsolado por haber calumniado á un hombre honrado en un momento de aberración. Pero esto no basta. Puesto que la ofensa ha sido mortal, yo debo pronunciar la palabra que suele costar mayor sacrificio al orgullo; pero la pronuncié sin vacilación, sin esfuerzo, con la frente alta, con el corazón en los labios, con los ojos llenos de lágrimas que me hacen bien: «Señor Alberto, perdóneme usted!» Y un anciano que pide perdón á un joven de veinte años es un padre que lo solicita por conducto de sus hijos. Bese usted la frente á los tres, Sr. Alberto. No le pido otra respuesta. Si cuando vuelva á casa ellos me dicen: «Nos ha besado;» yo diré para mí: «¡Me ha perdonado!» y los estrecharé contra mi corazón con tanta alegría como agradecimiento.»

La niña calló y fijó en Alberto sus hermosos ojos azules y húmedos.

Éste se quedó un rato como aturdido, respirando con afán y mirando alrededor como para cerciorarse de que aquello era realidad y no un sueño. Luego se iluminó de improviso toda su alma, surgió con ímpetu irresistible todo cuanto de bueno y de generoso tenía en el fondo de su corazón, cogió la carta de manos de Amalia, la miró, la arrugó con mano convulsa, sonrió, y por fin exclamó con voz sonora y temblorosa: «¡Sí! ¡Perdono! ¡Perdono! ¡Perdono!» Y al decir esto, estrechó á los

tres niños contra su pecho y estampó en sus rubias cabecitas una porción de besos apasionados.

En esto se abrió una puerta y apareció en el umbral el abogado.

Alberto corrió á su encuentro.

El abogado lo detuvo con una mano. Aquella mano enseñaba un retrato. El joven lo miró y lanzó un grito de asombro y de alegría: «¡Mi madre!»

Entonces el abogado extendió los brazos diciendo con acento conmovido: «¡Aquí, pobre Alberto!» y Alberto se echó en sus brazos sollozando.